

"ESTUDIOS DE LA LITERATURA CHILENA"

LIBRO DE DO MINGO MELFI

Entre los libros que nuestras editoriales han distribuido últimamente, nos han preocupado con mayor atención estos "Estudios de Literatura Chilena", que Domingo Melfi lanza por intermedio de los talleres Nascimento.

Tiene ya su interés propio todo comentario de análisis al margen de una literatura y son de una especial atracción las páginas que hoy nos preocupan, pues consagran ya a un crítico de muy amplio y certero punto de vista.

Se sabe que la labor más ruda, complicada y escabrosa es la del crítico de arte. Entre nosotros ha sido necesario llegar a ese grado altísimo de penetración y sabiduría a que llegó Omer Emeth—ese liberal sacerdote de alba cabellera, brillante y ensortijada como sus ideas, que fué don Emilio Vaisse—para lograr ese pase que le dió el cetro de autoridad inapelable en cosas de arte.

Entre la gente de letras de nuestro capital, son varios los nombres que han sobresalido como estudiosos cuya cultura les permite emitir juicios que sean dignos guías de la opinión pública pero es tan fácil, a veces, confundir el hermetismo con la rectitud del marco en que se encuadra cada estudio como igualmente difícil es aislar la visión de corrillos, tendencias o cenáculos determinados que comprometen pasiones o intereses personales.

Domingo Melfi, a través de sus crónicas y artículos periodísticos primero y luego con sus libros se coloca ya en un punto no confundible entre este escaso grupo de cultores del intelecto. Para dedicarse a escudriñar la obra de artistas de la literatura se ha quitado las gafas doctorales de los críticos de laboratorio. En sus "Estudios de la Literatura Chilena" vemos desde el comienzo esa ductilidad de su temperamento. Después de la reproducción de un ensayo publicado en 1929 en un diario argentino, con que se inicia el volumen, se observa en el total la precisión con que Melfi se ajusta al temperamento y sensibilidad de cada escritor, para la mejor definición. Así observa la obra de Federico Gana y dice: "Vió la naturaleza como un poeta y los personajes como expresiones humanas, elementales, de escasa profundidad. Tan poeta era ese bohemio que sus "Manchas de Color", poemas breves en prosa, representan en su obra las lágrimas que no derramó en sus conflictos y en sus desengaños con la vida. Cada mancha una lágrima. Son pequeños reflejos de su espíritu que ajustan su ritmo a un ritmo interno del cual es el poeta

la única medida humana".

Luego, más adelante, al juzgar a Baldomero Lillo, descien- de de ese "encanto sutil y dila- fano", que antes envolvió el paisaje, para penetrar en las entrañas candentes de dolor y de tragedia de la vida minera y comprende la vibración del alma del autor de "Subterra" cuando en su narración "El Chiflón del Diablo", henchido de cólera y piedad a un tiempo, describe el instante en que "la muchedumbre de deudos de los trabajadores abandona las chozas para correr, en tumulto, a esperar en la boca del pozo la operación de traer los cadáveres. Es preciso oír su relato seco—agrega Melfi—pertinaz como una tos, vibrante, sin embargo, en la médula interna del estilo sin brillo que palpita como un corazón apretado de tormento y de ira".

Y esto es lo primero del proceso a que previamente debe someterse todo espíritu de crítica.

Temperamentos y personalidades totalmente opuestas como Blest Gana, Daniel Riquelme, Federico Gana, Baldomero Lillo y Luis Orrego Luco, aparecen en estos estudios. Novelistas y cuentistas todos que han presentado paisajes, tipos y costumbres de nuestros campos, rincones mineros y ciudades. Y en cada cual ha hecho relucir las facetas precisas que los distinguen entre sí.

Estudiando nuestra generación literaria del siglo XIX, juzga como una merecida victoria esa reacción contra el decadentismo de fines de ese siglo, "contra aquella neurastenia que fué la característica de la creación literaria de ese período y que marcó con un signo de erotismo y de tristeza a los escritores que la sostuvieron". Han coincidido ya varias opiniones muy dignas al juzgar este período de los primeros años del siglo presente como los más ricos y fecundos de nuestra literatura. Ese tan certero paso renovador del 900 al 910, afirmó ya un cimiento sólido para el prestigio y desarrollo de la literatura de Chile. Melfi condena con razón el aristocratismo enfermizo de esas creaciones que antes se impusieron, en las que había reminiscencias griegas y francesas, la devoción rendida a las culturas del Viejo Mundo, la perversión intelectualizada que surgía de un ambiente inexistente, creado más por la fantasía que por la realidad: es decir, todo lo que a aquellas obras dió una forma que con justicia fué llamada decadente.

Tal vez sea oportuno recordar ese avance devastador en estos tiempos en que se prolonga ya otro período de renovación li-

teraria y en que las voces de vanguardia en cada nuevo día lanzan con su clarín un nuevo grito desconcertante.

Después de referirse Melfi a la perspectiva de nuestro género de novela, pone fin a éstos primeros estudios de la literatura chilena y anuncia series sucesivas de trabajos sobre novelistas como Prado, Manuel Rojas, Juan Espinoza, Darand, Marta Brunet, Edwards Bello y otros.

Con estos estudios iniciales, compaginados en un primer volumen, Domingo Melfi ha sentido ya su cátedra de crítico que será siempre acogido y escuchado sin vacilación entre nosotros. Y más que eso, suya será una de las voces más honradas y convincentes de divulgación de nuestro momento literario a través del continente.

PASCUAL BRANDI VERA.